

Las ocasiones vienen pronto cuando se desean y se estudian pretextos para buscarlas, y así sucedió á los agermanados. A los pocos días, por sentencia del tribunal y mandamiento del virey, era llevado al patíbulo un malhechor con el aparato de costumbre: hizose cundir la voz de que aquel infeliz, en contravención á los fueros, había sido condenado sin darle tiempo para su defensa, y lanzándose el atrevido Sorolla con gente de su bando sobre la comitiva fúnebre, arrebató al reo de manos de la justicia y le llevó á la catedral diciendo que era tonurado. Puesto despues el Sorolla á la cabeza de tres mil hombres, se dirigió al palacio del virey conde de Mérito, con ánimo de apoderarse de su persona. Mas no habiendo salido con su intento á causa de la resistencia que por mas de dos horas halló en la guardia del conde, se escabulló por entre los suyos, se escondió en su casa, y encargó á su amigo Bartolomé Domínguez hiciese correr la voz de que el virey le había hecho asesinar secretamente.

El diabólico artificio del sagaz artesano surtió todo el efecto que se proponía. Difundida aquella falsa voz, se alarmaron todos los plebeyos, batieron cajas, sacaron los estandartes de las cofradías, y á los gritos de ¡muera el virey! ¡muieran los caballeros! se encaminaron en espantoso tumulto al palacio del conde. Defendiéndose este vigorosamente con su corta guardia: su familia se puso en salvo pasando de casa en casa con los mayores peligros: los amotinados pedían que pareciese Sorolla, ó degollarían al conde y á cuantas personas se encerraban en el palacio. En tal conflicto el obispo de Segorbe que se hallaba accidentalmente en Valencia, y que acaso supo ó sospechó que Sorolla estaba escondido, se fué á su casa, preguntó por él á su mujer y nególe esta la verdad. Insistió el anciano prelado; redobló y esforzó sus súplicas, hasta echarse á los pies de aquella mujer, que al fin confesó la verdad del caso. Presentóse entonces Sorolla, el obispo le abrazó cariñosamente, le hizo cargos sobre las calamidades que estaba ocasionando, y le redujo á que montado á la grupa de su mula se presentara con él al pueblo. Era de noche, y á la luz de unas hachas que el obispo hizo encender marcharon los dos al lugar del combate. La presencia y la voz de Sorolla hicieron prorumpir al pueblo en los gritos de ¡viva el rey! ¡viva Sorolla! Con la alegría de su aparición cesó como por encanto el tumulto, y el virey aprovechó aquellos momentos para salir muy de madrugada de Valencia y retirarse á Concentaina, y de allí á Játiva, llamado por los nobles de esta ciudad, que al fin tuvo que abandonar expulsado por los plebeyos, refugiándose por último en Denia.

Con la cobarde retirada del conde de Mérito los nobles de Valencia, sin protección y sin apoyo, tuvieron que salir de la ciudad con sus familias y criados, quedaron los Trece dueños absolutos de ella, dejando únicamente al marqués de Zenete, hermano del virey, que gozaba de mucha popularidad. En mal hora, cuando tan poderosa quedaba la germania de Valencia, le ocurrió al vizconde de Chelva hacer ahorcar á un jefe de germania de otra villa inmediata. Los valencianos enviaron allí una hueste, la cual, despues de saquear y destruir cuanto le sugirió su furor de venganza, volvió ufana y victoriosa á la ciudad. Los Trece publicaron entonces una orden mandando que en adelante no se impusiese la pena de horea á ningún plebeyo, aunque fuera delincuente, sin que antes fuera ahorcado algun caballero, que fuese tambien criminal (julio, 1520).

Mientras los nobles concertaban con el capitán general refugiado en Denia los medios de conjurar tan deshecha borrasca, se proclamaban en germania multitud de poblaciones; levantáronse en hermandad Elche, Mogente, Jérica, Segorbe, Onda, Orihuela y muchas otras villas y lugares del reino, con mas ó menos desórdenes, y con mas ó menos resistencia de los nobles y de las autoridades. Solo el pueblo de Morella se mantenía resuelto y firme contra las germanias, al modo que en Castilla se había mantenido Simancas contra las comunidades. Los de Morella se habían obligado con juramento hasta á matar á sus propios hijos, si menester fuese, si se atrevían á hablar en favor de los agermanados. ¡A tal extremo exaltan los ánimos las contiendas políticas, cualquiera que sea el partido por que se decidan los hombres! Allí no fué oída la voz del orador popular Guillem Sorolla, que pasó comisionado por

la Junta de los Trece á exhortar á los morellanos á que se adhieran á la germania; antes bien fueron obligados á salir inmediatamente de la poblacion el tejedor de lana y sus compañeros, y Morella se puso en un estado de defensa imponente, por cuya decision escribió el emperador á sus vecinos desde Aquisgran una carta sumamente honorífica y laudatoria (22 de octubre, 1520). Pero esta distincion imperial exasperó mas á los plebeyos de Valencia, de Játiva y de otros puntos, multiplicándose con este motivo los desmanes y los excesos de la plebe. En Játiva se puso fuera de la ley á los nobles; las casas del gobernador y asesor fueron allanadas, y el tumulto penetró en la ciudad en busca de los jurados, arrollando una procesion religiosa que para impedir tamaña tropelia había salido con grande acompañamiento de sacerdotes, llevando uno en sus manos el Santísimo Sacramento.

En Valencia era ya impotente para reprimir las demasías la autoridad de los Trece. Un infeliz, llamado Francin, salinero de oficio, cometió la imprudencia de decir que el medio mas derecho de acabar con la germania seria pegar fuego á la poblacion. No bien tan indiscreta imprecacion había salido de su boca, cuando se lanzó sobre él un grupo de agermanados. Cerca estaban ya de acabar con su vida, cuando se presentó un sacerdote rogándole que por lo menos le permitieran confesarse antes de morir; y con objeto de ganar tiempo y dar treguas para ver si podía templar el furor de los agresores hizo que de la inmediata iglesia le llevasen el Santo Viático. El desgraciado moribundo se abrazó en su agonía con el sacerdote y procuró cubrirse con sus vestiduras. El pueblo pedía desaforadamente que le entregaran la victima; el vicario, que lo era Mosen Antonio Bonet, enseñó la sagrada forma y cubrió con la estola el objeto de las iras populares, como para mostrar que estaba bajo la salvaguardia de la religion. Nada bastó á contener los impetus de la plebe, que se abalanzó sobre el acompañamiento, derramó por el suelo las formas sagradas, hirió y maltrató al vicario manchando con sangre sus vestiduras sacerdotales, y acabó de asesinar bárbaramente á Francin. No se sabe lo que habrían hecho con el cadáver de aquel desventurado, si no los hubiera contenido Juan Lorenzo que llegó á la sazón, é impidió que aquella gente desalmada diera todavía otro escándalo. Con su muerte acreditó este comunero que era hombre de buen corazon, pues le afectó tanto aquella horrible escena, que murió á las pocas horas de haber vuelto á su casa poseído de terror, y lleno tal vez de remordimientos por haber impulsado una revolucion que así se desbordaba (1).

Habían los Trece suprimido varios impuestos y repartido entre los plebeyos los cargos públicos. El tejedor Sorolla fué nombrado gobernador de Paterna, Benaguacil y la Pobla. El carpintero Miguel Estellés marchó al frente de quinientos hombres en socorro del Maestrazgo, cuyo país amenazaba ser dominado por los realistas de Morella, que acababan de apoderarse por asalto de San Mateo, y de ahorcar seis de los principales agermanados de aquella villa, y repartídose sus bienes en castigo de haber ellos asesinado al gobernador cuando se alzaron en germania. Por su parte los nobles reunidos en Albaterra, viendo los pocos resultados de sus embajadas y reclamaciones al emperador, habían celebrado á propuesta del almirante de Aragon don Alonso de Cardona una junta en Gandia, á que asistió el virey, y acordado en ella convocar á todos los caballeros del reino, y facultar al señor de Albaterra para que organizara un cuerpo de ejército que comenzara á obrar por la parte de Orihuela. Tambien el duque de Segorbe, don Alonso de Aragon, hijo del infante don Enrique, se ofreció voluntariamente á socorrer con gente de su reino á los de Morella, hácia donde avanzaba con sus comuneros el carpintero Estelles. Despues de algunos movimientos se encontraron las tropas de Estellés con las del duque de Segorbe en Oropesa, y empeñada allí una accion, bien sostenida por ambas partes, fueron al fin vencidos los agermanados, y presos Este-

(1) «Nunca para esto se inventó la germania,» había dicho Juan Lorenzo al presenciar el sacrilegio y la atrocidad; y volviéndose á Vicente Peris y á uno de los asesinos les dijo: «Vosotros dos seréis la perdición de Valencia.» El pronóstico de Juan Lorenzo se cumplió.—Escoriano lib. X, capítulo 9.

llés y sus oficiales, y conducidos á Castellon, fueron ahorcados él y doce mas de los principales entre los suyos.

Algunas ventajas obtenidas en otros puntos por las germanias no bastaron á atenuar la irritacion que produjo en Valencia la derrota de la division de Estellés y los suplicios de sus jefes. Sonó la campana de rebato, congregáronse en la plaza de San Francisco mas de dos mil hombres, y sin que los ruegos de la clerecía, ni las lágrimas de las mujeres y ancianos fueran bastantes á contenerlos, salieron animosos de la ciudad y se alojaron aquella noche en Catarroja, donde por renuncia del jurado Jaime Ros que los mandaba nombraron general al confitero Juan Caro. Reforzados en su marcha por gente de las germanias que se les allegaba, entraron en Alcira, desde cuyo punto, en número ya de cuatro mil hombres, hicieron una excursion y emprendieron el ataque del castillo de Corbera defendido por caballeros. Despues de algunos combates infructuosos, marchó Juan Caro hácia Játiva, cuyo castillo estaba por los nobles, con noticia que tuvo de que el virey se disponía á sitiár la ciudad. Pero antes tuvo Juan Caro que acudir á Mogente, para impedir que el señor de esta villa se incorporase al virey. Tambien aquí fueron inútiles los asaltos que por cinco veces dió al castillo, si bien en uno de ellos consiguió clavar dos banderas en lo alto del muro. Avanzó, en fin, sobre Játiva, decidido á libertar la ciudad rindiendo la fortaleza. Resistieron por algunos dias los caballeros que la guardaban, mas por último tuvieron que entregarse á los populares á condicion de que los dejaran ir libres. Sin embargo, uno de ellos, llamado don Guillen Crespi, fué asesinado al salir de la ciudad. En este sitio murió el jefe de la germania de Alcira Tomás Urgellés, siendo reemplazado por Vicente Peris, terciopelero de oficio y no menos audaz que Juan Caro.

Mientras este último rendía el castillo de Játiva, entraba en Valencia un comisionado de la germania de Murviedro á pedir socorro á los Trece, no solo contra el duque de Segorbe que los hostigaba con correrías, sino tambien contra dos mil moros del país que se habían levantado en favor de la nobleza. Para concitar mas los ánimos llevaba el mensajero sobre dos caballos los cadáveres de dos jóvenes que se encontraron ahogados en la acequia de Murviedro, de cuyo crimen se culpaba á los moros que se habían alzado por el partido de los nobles. Al rumor de la noticia y á la vista del espectáculo se armó instantáneamente el pueblo; un fraile agustino, llamado fray Lucas Bonet, corria las calles con un crucifijo en la mano arengando al pueblo y excitándole á vengar la muerte de los dos jóvenes, que llamaba mártires de Jesucristo. A la cabeza de la muchedumbre se dirigió el fraile á la catedral en busca del estandarte de la cruzada, que se negó á entregarle el cabildo. Entonces un mancebo, hijo de un escribano, se comprometió á sacar de la casa municipal la bandera que se enarbolaba en las guerras contra los moros, y así lo ejecutó entre los aplausos de la multitud, colocándola en la puerta de Serranos. Por su parte el religioso fray Lucas puso á la ventana de su casa un crucifijo entre dos banderas, como simbolo de la guerra santa que los exhortaba á emprender. Al dia siguiente salían de Valencia en direccion de la antigua Sagunto cinco mil agermanados, mandados por el jurado Jaime Ros, llevando la bandera de la ciudad el cardador Miguel Marza, y haciendo de maestre de campo el mesonero Juan Siso. Era ya el verano de 1521.

Con la gente que se les agregó de Murviedro ascendía la legion de los agermanados hasta siete ú ocho mil hombres. El duque de Segorbe, que se hallaba en Almenara con una mitad de gente, de la cual acaso la mayor parte era de los moros allegados, supo atraer los enemigos á la llanura donde pudiera manibrar la caballería, en que llevaba gran ventaja á los de Valencia. Así fué que á pesar de la inferioridad numérica de los realistas, fueron los de la germania destrozados, dejando en el campo cerca de dos mil hombres, si bien costó tambien al duque la pérdida de muchos caballeros de distincion (18 de julio, 1521). Recayeron sospechas de traicion en el mesonero Juan Siso, y en su virtud fué alanceado en la plaza pública de Murviedro. No fué tan feliz el virey, conde de Mérito, que alentado con la victoria del duque de Segorbe, acometió con cuatro mil quinientos hombres los agermanados

que acaudillaba el intrépido y brioso Vicente Peris en Biar, y tuvo que retirarse vergonzosamente vencido y con no pocas bajas en sus filas; y aun de los nobles que se hallaron en la batalla, unos se retiraron con el virey á Denia, otros se embarcaron á Peñíscola, y otros se internaron en Castilla (1).

Vicente Peris era el terror de los nobles en aquella comarca, y de los moros que auxiliaban al virey. Cerca de seiscientos de estos, refugiados en el castillo de Polop, se rindieron á las tropas de Peris, que les ofrecieron perdon con tal que recibieran el bautismo. Fiados en esta palabra y accediendo á la condicion, salieron aquellos infelices y se dejaron bautizar. Mas no bien se verificó la ceremonia cristiana, se arrojaron sobre ellos los agermanados y los degollaron á todos bárbaramente, diciendo que aquello «era echar muchas almas al cielo y mucho dinero en las bolsas.»

Para ver de abatir á los populares que tan pujantes y soberbios se ostentaban, y de poner término á tan desastrosa lucha, se vistió el duque de Gandia con el condestable y el almirante de Castilla, gobernadores á la sazón de este reino, y acordaron que la gente que los caballeros castellanos reclutaban en Andalucía fuese en auxilio del virey de Valencia, y que el marqués de los Velez obraría tambien en combinacion con los señores valencianos por la parte de Orihuela. Tan oportunamente acudió el de los Velez, que no solo llegó á tiempo de apoderarse de Elche, donde los agermanados estaban dando harto que hacer al almirante de Aragon y á los magnates del país, sino que tomando sucesivamente á Aspe, Crevillente y Alicante, libertó tambien el castillo de Orihuela que defendía don Jaime Despuig, próximo ya á rendirse á los plebeyos. No esquivaron estos presentar batalla á los nobles reunidos, confiando la direccion de su hueste al escribano Pedro Palomares. Pero el resultado de la batalla fué calamitoso y terrible para los agermanados (20 de agosto). Contáronse en ella hasta cuatro mil muertos; con los cadáveres se cubrió una acequia, en términos de pasar por encima de ellos como por un puente la caballería de los vencedores: el caudillo Palomares fué preso y decapitado, y los Trece que formaban la Junta de la ciudad fueron tambien ahorcados en la plaza. De resultados de la derrota de Orihuela se sometieron á los nobles, abandonando la causa de las germanias, casi todos los pueblos situados entre Orihuela y Játiva.

La mayor anarquía reinaba entre tanto en la capital. Sin recursos el gobierno de los Trece para mantener las tropas sobre las armas, sublevábasele con el mas ligero pretexto la plebe, y los reveses de fuera aumentaban, como acontece siempre, la exasperacion de los mas revoltosos y discolos. Como el único remedio posible á tamaños males acordaron las personas mas sensatas llamar al infante don Enrique de Aragon, el cual despues de haberlo meditado se resolvió á ir á Valencia y se alojó en el palacio arzobispal (19 de setiembre). Pero el buen efecto que pudo producir la presencia del príncipe se malogró á los pocos días con la llegada de Vicente Peris, que ufano con sus triunfos y su popularidad pretendía mandar en jefe y revocaba las órdenes de don Enrique. Con esto crecían diariamente los desórdenes y la confusion. El dia que se celebraba el aniversario de la conquista de Valencia por don Jaime I (9 de octubre), pasando los populares en procesion por delante del palacio del arzobispo, insultaron al príncipe que se había asomado á una ventana y dispararon de paso algunos tiros.

Semejante situacion no podia prolongarse mucho. El virey se había apoderado de Murviedro y amenazaba la capital, mientras por otro lado avanzaban los marqueses de los Velez y de Moya con los señores de Albaterra y de Mogente, al frente de siete mil infantes y ochocientos caballos. Viendo la Junta de los Trece la imposibilidad de resistir, en la situacion anárquica de la poblacion, á tan considerables fuerzas, propuso capitulacion (2). Admitióla el virey á condicion de que los ple-

(1) Cuando le preguntaron los nobles qué harían, respondió el virey: «Que se dé cada uno cobro; batalla han querido, buena batalla les queda.» Y picó su caballo, y se partió volando á Denia á poner en salvo su mujer y sus hijos.

(2) Para esto pasaron á Murviedro en nombre de la ciudad el obispo de Mallorca, tres canónigos, el racional, un abogado, y dos de cada oficio, que serían entre todos ciento cincuenta de á caballo.

beyos dejen las armas, depositándolas en el convento de San Francisco, y de que admitieran los jurados que él proponía. Aviniéronse á ello los Trece, y en su virtud resignaron el gobierno en manos de don Ramon de Viciara: los nuevos jurados tomaron posesion de sus cargos (18 de octubre); los agermanados mas comprometidos abandonaron la ciudad, refugiándose Vicente Peris en Alcira, y trece dias despues hizo su entrada el conde de Mérito en Valencia (1.º de noviembre), dejando acantonadas sus tropas en los pueblos de la comarca.

El nervio y la fuerza principal de las germanías quedaba en Alcira, donde se hallaba el intrépido Vicente Peris con gente denodada y resuelta á defenderse peleando á todo trance, y en combinacion con la de Játiva hacia atrevidos rebatos contra los destacamentos realistas. Sobre Alcira se puso el virey con ocho mil hombres y un buen tren de batir. Pero á los pocos dias de sitio, faltas sus tropas de viveres, intentando infructuosamente un asalto, y con noticia de que se aproximaban tres mil agermanados en socorro de la poblacion, levantó el cerco con pérdida de mas de mil hombres, y enderezóse á Játiva, no sin que los de Alcira destacaran en pos de él una respetable columna que le fué molestando todo el camino y diezmando su retaguardia.

Cuando parecia ir tocando á su término esta desastrosa guerra, se derramaba mas sangre de compatriotas y hermanos. En los diferentes ataques que el virey intentó contra Játiva, y en las varias salidas que contra él hicieron los de la ciudad, perecieron de una y otra parte cerca de cuatro mil hombres. Recurrió el virey á medios políticos para hacer venir la ciudad á una capitulacion, y se vió envuelto por un ardid de los agermanados, con el cual se acreditaron de muy artificiosos, pero de nada nobles. Dijéronle que rendirian la ciudad con tal que se les permitiera entregarla á su hermano el marqués de Zenete, de quien tenian confianza. Accedió á ello el virey; en su virtud el marqués su hermano fué llamado á Játiva (diciembre), y el conde, fiado en que se haria su rendicion, se retiró á Montesa. Tan luego como se vieron libres los de la germania, provocaron un motin dentro de la ciudad; trató de sosegarle el marqués de Zenete, echóse sobre él Vicente Peris, que parecia hallarse en todas partes, con doscientos de los suyos, el marqués se defendió briosamente, pero fatigado del largo combate hubo de rendirse, y le encerraron en la torre de San Jorge.

Justamente exasperado el virey con tamaña deslealtad y tan pesada burla, antes de revolver contra los de Játiva, descargó primero sus iras en los de Onteniente, que sometidos ya, habian vuelto á rebelarse. Acometida la villa, y hechos fuertes los comuneros en la iglesia y en la casa del párroco, incendió el virey la una y se apoderó á viva fuerza de la otra, hizo sobre quinientos prisioneros y mandó ahorcar en su plaza á mas de setenta. Angüstiase el alma y se estremece el corazon al tener que reseñar (y lo hacemos lo mas compendiosamente que nos es posible) tan trágicas escenas. No sucedia así en verdad á los autores de aquellos dramas sangrientos, puesto que en la misma plaza de Onteniente un oficial del rey veia impasible y sereno ejecutar en la horca á un hermano suyo que militaba entre los agermanados.

Á reclamacion de casi todo el vecindario de Valencia fué puesto en libertad el marqués de Zenete, que volvió á la capital con gran satisfaccion de los nobles, y hasta de los plebeyos, que de todos era generalmente bienquisto el marqués. Pero aquella alegría se agüó pronto con la nueva de que el temible Vicente Peris habia salido de Játiva con alguna gente y se dirigia á Valencia á reanimar á sus parciales. A prenderle ó impedirle la entrada salió con cien caballos el gobernador don Luis Cabanillas, que temiendo ser cortado por una columna de la germania de Alcira, regresó á la ciudad sin otro fruto que ser insultado á la entrada por la plebe, contra la cual tuvo que dar algunas cargas de caballeria.

No obstante la vigilancia y las prevenciones de las autoridades de Valencia, el diabólico y artificioso Peris tuvo maña para introducirse una noche en la ciudad (18 de febrero, 1522), y con una osadía que no puede menos de asombrar se instaló en su propia casa, en la calle de Gracia, donde inmediatamente congregó á los mas resueltos de sus amigos, decididos

todos á morir por defenderle. Con la noticia de su llegada puño el gobernador sobre las armas cinco mil hombres, de los cuales formó tres cuerpos; confió el mando del uno á su lugarteniente don Manuel Exarch, el del otro al marqués de Zenete, y él en persona habia de dirigir el tercero. Todos habian de confluir simultáneamente por diferentes puntos á la calle en que moraba Vicente Peris. La guerra de las germanías se iba á decidir aquel dia, pero tenia que ser un dia de horror para Valencia. Se abrieron todos los templos, se expuso en ellos el Santísimo Sacramento y se llenaron de gente. Las tres columnas avanzaron por diversas calles hasta penetrar á un tiempo en la de Gracia. Sobre las tropas del rey caian de todas las ventanas de aquella estrecha calle las piedras, los utensilios y enseres de las casas, y el agua hirviendo que desde ellas arrojaban las mujeres. Tres horas duró el combate y la defensa de la casa de Vicente Peris, y la calle estaba sembrada de muertos, heridos y moribundos. Pudieron al fin los soldados acercarse á la casa y ponerle fuego. Por entre las llamas salieron la mujer de Peris y sus hijos, quedándose él dentro con unos pocos. El fuego le abrasaba ya, desplomábase la humilde vivienda, y ya no tuvo otro remedio sino entregarse al capitán don Diego Ladron, que tenia mas inmediato. Entre el gobernador y el marqués de Zenete se hallaba el Vicente Peris á poco rato, cuando se lanzaron sobre él unos grupos y le asesinaron bárbaramente. Arrastrando llevaron su cadáver hasta la plaza del Mercado; medio despedazado su cuerpo le colgaron en la horca: bajaronle despues, le cortaron la cabeza y la colocaron en una ventana del palacio episcopal, de donde mas adelante la quitaron para clavarla en la puerta de San Vicente. Hasta otros diez y nueve de sus compañeros fueron ahorcados en las cárceles en aquel mismo dia, y sus miembros se veian despues en las puntas de los maderos en los caminos reales. La casa de Peris fué arrasada, y de su solar quedó la plazuela llamada de Galindo.

Parecia que vencida la revolucion, de una manera tan trágica, pero tan definitiva en Valencia, debia haber quedado sosegado el reino; pero alentaba á los agermanados de Játiva un hombre misterioso, á quien habian recibido con entusiasmo, y que habia logrado alucinar la gente crédula, diciendo que era hijo de unos grandes príncipes, pero que graves motivos de politica le obligaban á ocultar su nacimiento y su nombre, por cuya razon le llamaban *El Encubierto*. Este singular personaje hablaba varias lenguas, seducia con la palabra, atraía con sus modales, mostraba valor en los peligros, dábale aire de apóstol, y se decia inspirado y como predestinado por Dios para acabar con la morisma del reino. Suponiase hijo del príncipe don Juan de Castilla y de Margarita de Flandes, y por consecuencia nieto de los Reyes Católicos. Decia que lo que habia dado á luz la princesa Margarita no habia sido una niña, como habia figurado el cardenal Mendoza de acuerdo con la partera, sino un niño, que era él, y que no habia muerto como se dijo entonces, sino que habia sido trasportado á Gibraltar y dado á criar á una pastora, que le puso el nombre de Enrique Enriquez de Ribera. Al principio, cuando los agermanados le preguntaban su nombre respondia que se llamaba el *Hermiano de todos*. «Vestia, dice un historiador valenciano, una hernia parda de marinero, un capotín de sayal abierto por los lados, calzones de lo mismo á lo marinesco, y el bonete, una gallaruga castellana: el calzado, una abarca de cuero de buey y otra de pellejo de asno. De cuando en cuando salia á predicar en público (1).»

Con esto logró el Encubierto fascinar á muchos, se hizo un gran partido entre la gente popular, y habia quien le reverenciaba como á verdadero príncipe. Habíase hecho amigo de Peris, y cuando se levantó el sitio de Játiva, se trasladó á Alcira, donde fué espléndidamente agasajado. Presentóse el Encubierto como vengador de la muerte de Vicente Peris, y así se lo escribió desde Alcira á los de Valencia, anunciando su ida á la ciudad. Súpolo el marqués de Zenete, hizo vigilar las puertas y frustró su tentativa. Penetrado el marqués de la necesidad de acabar con aquel hombre, pregonó su cabeza, ofreciendo al que le cogiera muerto ó vivo doscientos ducados de oro.

(1) Escolano, Historia de Valencia, lib. X, c. 19.

Abandonado por sus parciales en otra segunda tentativa que hizo sobre la capital, y retirado á Burjasot, le sorprendieron una noche en su casa dos plebeyos y le asesinaron (19 de mayo, 1522). Llevado el cadáver del Encubierto á Valencia, fué quemado de órden del Santo Oficio, y su cabeza y la del que habia de haberle facilitado la entrada en la ciudad, fueron clavadas sobre la puerta de Cuarte (1).

Continuó, sin embargo, por algun tiempo la guerra entre las tropas reales y las de las germanías de Játiva y Alcira por la parte de Sueca, Carlet, Luchente, Albaida y Bellús. En este último punto tuvieron los agermanados un encuentro con el virey, en que perdieron mas de mil infantes y siete banderas. Con esto y con los refuerzos que al conde de Mérito envió el emperador, de vuelta ya en España, acometió otra vez la rebelde y obstinada ciudad de Játiva, en ocasion que se hallaban las mujeres casi solas en la poblacion (6 de setiembre de 1522), las cuales hicieron una defensa varonil, dando lugar á que entraran los hombres que andaban corriendo la comarca. Pero el virey, jefe de un ejército ya respetable, apretó tanto el sitio, que despues de algunos dias tuvieron que rendirse aquellos tenaces agermanados. Privada Alcira del apoyo de Játiva, y sola ya en la contienda, se entregó sin resistencia al vencedor, que pasó á plantar el estandarte imperial en el último baluarte de las germanías (2).

Terminada aquella sangrienta guerra y sosegado el reino, comenzaron los procesos contra los agermanados, como en Castilla contra los comuneros despues de concluida la guerra de las comunidades. El famoso Guillen Sorolla, gobernador de Paterna y Benaguacil, que habia sido traidoramente vendido y entregado á la justicia por un moro criado suyo, fué sentenciado á muerte y ejecutado en Játiva, sufriendo despues igual pena el agermanado Oller, cuyo interrogatorio habia servido para condenar á Sorolla, su cabeza fué llevada á Valencia, y colocada á una esquina de la casa de la ciudad. Su casa fué arrasada como la de Vicente Peris. El nombre de aquel famoso tejedor, individuo del gobierno de los Trece, y uno de los mas audaces caudillos de las germanías, se conserva inscrito en la calle misma en que vivía, que desde entonces se ha llamado calle de Sorolla. Igual fin que Sorolla tuvieron Juan Caro y otros jefes de la germania. La muerte, el destierro ó la fuga fueron haciendo desaparecer á todos los agermanados de alguna cuenta, y los gremios de Valencia, y en general todas las clases de menestrales y artesanos, todos los que se llamaban plebeyos, fueron objeto de una activa persecucion, sufrieron la triste suerte de los vencidos, y fueron recargados de gravísimos impuestos. Un escritor valenciano hace subir á catorce mil el número de víctimas que costó la guerra de las germanías (3).

Así succumbió casi á un tiempo y de un modo igualmente trágica la clase popular en Castilla y en Valencia, y en uno y otro reino quedó victoriosa y pujante la clase nobiliaria. Diversas en su origen y en sus tendencias las dos revoluciones, sobrabanles á los populares de ambos reinos motivos de queja, y aun de irritacion, á los unos por las injusticias y las tiranías con que los oprimian los nobles, á los otros por la violacion de sus fueros y franquicias que sufrían de parte de la corona. Para sacudir la opresion ó reivindicar sus derechos acudieron unos y otros á medios violentos, cometieron los ex-

(1) Este famoso embaidor parece era hijo de padres judíos y natural de Castilla, cuya lengua hablaba muy bien. Habia estado algun tiempo en la Huerta de Valencia haciendo vida de ermitaño. Despues sirvió en Cartagena á un rico comerciante llamado Juan Bilbao, en cuya compañía fué á Oran á asuntos mercantiles. Al cabo de algun tiempo sedujo la mujer ó la hija del comerciante, por lo cual fué despedido de la casa ignominiosamente y pasó á servir al gobernador de Oran. Habiéndosele descubierto otra fechoria semejante, fué azotado públicamente por las calles de aquella ciudad. Y desde allí se vino á Valencia, y tomó la parte que hemos visto en la guerra de las germanías.

(2) Allí recibió el virey órden del emperador para que diera libertad al duque de Calabria don Fernando de Aragon, preso hacia diez años en el castillo de Játiva.

(3) La isla de Mallorca, donde se habia propagado tambien la revolucion de las germanías, con los mismos horrores que en Valencia, se rindió y sometió al poco tiempo á consecuencia de una armada que envió allá el emperador.

cesos que acompañan de ordinario á los sacudimientos populares, fueron en sus pretensiones mas allá de lo que consentia el espíritu de la época y de lo que convenia á ellos mismos; les sobró valor é intrepidez, y les faltó direccion y tino; ambos movimientos fueron mal conducidos, y entre sus muchos errores el mayor para ellos fué haber obrado aisladamente y sin concierto los de Valencia y los de Castilla. Aun así estuvo Carlos de Gante á peligro de perder su corona de España mientras ceñia en sus sienes la del imperio alemán. Pero una y otra revolucion succumbieron, y las guerras de las Comunidades y de las Germanías dieron por resultado el engrandecimiento de la autoridad real y la preponderancia de la nobleza.

CAPÍTULO IX

Coronacion de Carlos V.—Primeras guerras de Italia

DE 1520 Á 1522

Salida de Carlos de España.—Va á Inglaterra.—Situacion, carácter y relaciones de los reyes de Francia é Inglaterra.—El cardenal Wolsey.—Alianza de Carlos con Enrique VIII.—Coronacion de Carlos V en Aix-la-Chapelle.—Entrevista de Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra en el *Campo de la Tela de Oro*.—Relaciones entre los monarcas y príncipes de Europa.—Guerra del Luxemburgo.—Rompiamiento entre Carlos V y Francisco I.—Guerra de Navarra.—Toman los franceses á Pamplona y sitian á Logroño.—Son rechazados.—Guerra de Milan.—Alianza entre el emperador, el papa y Enrique VIII.—Los franceses expulsados de Milan.—Muerte del papa Leon X.—Eleccion de Adriano, regente de Castilla.—Nueva guerra y derrota de franceses en Lombardia.—Vuelve Carlos V á Inglaterra.—Guerra entre ingleses y franceses.—Regresa el emperador á Castilla.

Gana y deseo vehemente teníamos ya de dar algun desahogo al espíritu fatigado del sombrío cuadro de las guerras civiles, y de apartar nuestra vista de los campos de Castilla y de Valencia regados con sangre española, vertida por españoles mismos en batallas y cadalsos, y de esparcirla por mas ancho horizonte, y de distraer nuestro ánimo y el de nuestros lectores con espectáculos de otra índole que estaban representándose en otro mas vasto teatro.

Y en verdad, tan pronto como se tienden al viento las velas de la nave que desde la Coruña conducia á Carlos de Gante á los dominios del imperio que acababa de heredar (mayo de 1520), desde aquel momento no puede menos de desplegar á los ojos de nuestra imaginacion el cuadro general de la Europa, en que el régio navegante está llamado á representar el primer papel. En efecto, el nieto de los Reyes Católicos, joven de veinte años, pero rey ya de Castilla, de Aragon, de Navarra, de Valencia, de Cataluña, de Mallorca, de Sicilia, de Nápoles, de los Países Bajos, de una parte de África, y de las vastas islas é ilimitados continentes del Nuevo Mundo, va á agregar á tan grandes y ricas coronas la del imperio alemán, cuya elevadísima posicion le ha de obligar á entenderse con todos los soberanos de Europa, y á tomar una parte principalísima en todas las grandes cuestiones y en todos los grandes intereses del mundo y del siglo; de un mundo y de un siglo en que encontraba ya dominando príncipes tan grandes como Francisco I de Francia, como Enrique VIII de Inglaterra, como Soliman el Magnífico de Turquía, y como Leon X, que desde la silla de San Pedro regia y gobernaba la cristiandad; «cada uno de los cuales, hemos dicho en otra parte, hubiera bastado por sí solo para dar nombre á un siglo (4).»

Francisco I de Francia, rival ya de Carlos desde sus frustradas pretensiones al imperio, con todo el resentimiento de un pretendiente desairado, y con toda la envidia que inspira el amor propio mortificado con la preponderancia alcanzada á los ojos de Europa por otro contendiente mas feliz (5); sobe-

(4) Discurso preliminar, tomo I, pág. XXIII.

(5) Cuéntase que decia el monarca francés cuando se agitaban las pretensiones: «Cortejamos á una misma dama; empleemos cada cual para lograrla todos nuestros esfuerzos; mas luego que ella haya designado al rival mas dichoso, toca al otro conformarse y quedar tranquilo.» Pronto habia de acreditar que tales propósitos se hacen mejor que se cumplen.